

Recuerdo la primera vez que pensé qué quería ser cuando fuera mayor. Estaba en primero de E.G.B. Dije “maestra”. Imagino que ya de niña veía la labor encomiable e importante del profesor. Luego quise ser futbolista, sueño que dejé que se fuera de manera fugaz al darme cuenta de la imposibilidad de poder jugar en un equipo de (solo) chicas. Creo que a partir de ahí dejé de pensar qué sería, quizá para evitar otra posible decepción que volviera a truncar mis sueños. Solo me dejé llevar por aquello que me gustaba.

Un día de Navidad, mientras estorbaba a mi madre detrás de la barra del bar que tenían, le pregunté quién era aquel señor al que acababa de servir y que no conocía. Me dijo que vivía en Madrid y era ingeniero aeronáutico, y se dedicaba a hacer aviones. Mi mirada de niña pequeña se quedó petrificada, admirando a ese señor porque hacía algo que a mí me parecía inalcanzable.

Hice E.G.B. en el colegio de mi pueblo, en Almendricos. Crecí durante un cambio tecnológico importante: empezaban a verse los primeros ordenadores domésticos. Me siento afortunada de que mis padres fueran los que se preocuparan y esforzaran para que mis hermanas y yo tuviéramos todo aquello que parecía que era necesario para el futuro. Mi padre no cesaba de preguntar a aquellos que trabajaban en alguna oficina o tenían estudios para saber qué tenía que comprar. En especial, mi vecino y amigo Emilio siempre fue, y es, fuente de información y orientación en muchos aspectos. No tuve el mítico Spectrum pero sí el Amstrad 464. Yo apenas lo utilicé porque me parecía muy complicado de utilizar y realmente no sabía para qué podía ser útil. Pero el hecho de tenerlo allí me despertaba cierto interés e inquietud.

En mi años, el paso al instituto era algo que todavía no estaba normalizado, sobre todo en los pueblos pequeños, pero estaba claro que tener estudios universitarios era la mejor opción para optar a una vida con menos penurias. Yo lo tuve relativamente fácil porque mi hermana mayor iba clareando el camino que luego yo recorrería. Por eso no tuve que plantearme a qué instituto ir. Simplemente, siguiendo los pasos, fui al J. Ibañez Martín a hacer el bachiller. Allí pasé los mejores años de mi formación, en gran parte gracias a la relación cercana y amigable que todos mis profesores me ofrecieron, y a la confianza que depositaron en mi, a veces más de la que yo misma tenía. Eso hizo que diera lo mejor de mi y que creyera que podía hacer todo aquello que me propusiera.

La tarea más difícil del instituto era, sin lugar a dudas, saber qué ibas a estudiar. Yo entré en el Ibañez sin ideas preconcebidas, aunque tenía una preferencia clara por las matemáticas y la física. No obstante, Don José Quiñonero, mi profesor de lengua, me puso en ciertos apuros a la hora de dejar de lado las letras. Hasta el último año barajé varias opciones: piloto de aviación, ingeniería aeronáutica.... Todas tenían algo en común y es que no parecían opciones fáciles. La carrera de teleco se cotizaba al alza como una de las más prestigiosas dado el cambio tecnológico al que nos enfrentábamos y así fue cómo se convirtió en mi primera opción.

Entré en la Universidad Politécnica de Valencia allá por 1995. La frialdad de la universidad en comparación al instituto supuso un cambio radical al que me costó adaptarme. Conforme iba cursando asignaturas, más claro tenía cuál sería mi especialización: sistemas de comunicaciones. Con diferencia, las asignaturas

que más me motivaron fueron las de radio frecuencia, microondas, procesamiento de señal, antenas y radar. Es decir, todo aquello relacionado con comunicaciones móviles.

Acabé el proyecto final de carrera con una beca Erasmus en la Universidad de Trondheim, en Noruega. Hablar inglés se había convertido en una prioridad para tener un buen curriculum y la única opción que vi para mejorar fue salir de España y tener que desenvolverme en el extranjero por mí misma.

Estar fuera de España tiene, como todo, su parte buena y su parte mala. Yo me suelo quedar con la parte buena y ver cómo puedo mejorar la peor parte. La parte buena, para mí, era ver mundo y vivir otras experiencias. Por eso cuando terminé la carrera, mi objetivo fue buscar una empresa con proyectos fuera de España. Acepté una oferta para trabajar en una consultoría para desarrollar la nueva red de telefonía móvil con perspectivas de tener un proyecto en Suecia. Pasó poco más de un año cuando todos los proyectos se paralizaron y tuviera que buscar otra cosa. Con la espina clavada por no haber salido de España, volví a la universidad a preguntar a uno de los pocos profesores con los que mantuve un trato cercano, Vicente Boria, y me comentó la posibilidad de unas becas en la Agencia Espacial Europea (ESA) en Holanda. Y así fue cómo empecé mi carrera profesional en el espacio, y cómo vi un horizonte nuevo lleno de posibilidades.

Después de mis dos años como Spanish Trainee en la ESA, conseguí un trabajo en Astrium (ahora Airbus), en Inglaterra, para trabajar en el grupo de carga útil en satélites de comunicaciones. Tenía el firme objetivo de poner el papel a un lado y trabajar en un satélite, en ver los equipos que hay a bordo y ver por mi misma cómo funcionan las cosas. Empecé trabajando en aquello que me gustaba, en misiones de sistemas móviles, donde la complejidad del satélite se incrementa. Esperé varios años para ver si la propuesta de proyecto en la que trabajé se materializaba, evitando trabajar en otros programas “convencionales”. Y mi espera fue recompensada cuando firmamos el programa de Alphasat en 2007, por la que haríamos un satélite de comunicaciones móviles para Inmarsat, un operador de satélites con sede en Londres.

En el 2011 decidí cambiar de lado e irme a Inmarsat para terminar el proyecto desde la parte del operador. Esto me dio la oportunidad de trabajar en diferentes posiciones dentro del mismo proyecto y verlo de principio a fin, incluso en operaciones. Lanzamos Alphasat en el 2013.

Después estuve trabajando en otros programas, siendo responsable técnica de la carga útil del satélite para el programa EAN. En la actualidad, soy responsable técnica de la carga útil de Inmarsat 6, que son dos satélites de comunicaciones. El primero tenemos previsto lanzarlo a finales del 2021 y el segundo, sobre mediados del 2022.